

Merklen, Denis. *Bibliotecas en llamas: cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política*. Los Polvorines Prov. de Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, 374 págs. – (Cuadernos de la lengua; 5). ISBN 978-987-630-248-7



El título original en francés es *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?* (2013). La traducción al español estuvo a cargo de Heber Ortoviesky, Eduardo Rinesi, Florencia Dansilio e Ignacio Dansilio. El prefacio «El fuego, la letra y la palabra» lo escribió Horacio González. La estructura del libro está conformada por la «Introducción: una piedra en la biblioteca» y por seis capítulos, a saber: 1] Territorios en conflicto, 2] Adentro y afuera. La biblioteca, la escuela y la prensa del corazón, 3] Palabra escrita y revuelta popular, 4] Los bibliotecarios frente a sus barrios, 5] La biblioteca en el corazón de lo político, 6] La lección de escritura de los sectores populares. Además de la conclusión, al final se presenta la Bibliografía general.

La lectura de la introducción es clave para comprender el enfoque que el autor trata a lo largo de su libro, cuyo objetivo no es solamente dar a conocer en América Latina un fenómeno social y político que ha pasado inadvertido prácticamente en todo el mundo, incluso en Francia. País en donde se han estado quemando bibliotecas entre 1996 y 2015, aunque se tiene noticia que desde la década de los ochenta han estado ocurriendo estos incendios provocados. Así, el autor trata de responder preguntas como ¿por qué se incendian bibliotecas barriales en Francia? ¿por qué nadie se interesó hasta ahora en estos incendios? ¿por qué se calla en Francia hoy en día, si ese tipo de acontecimientos se repite desde hace casi treinta años? Ciertamente esos sucesos contra las bibliotecas han suscitado polémicas y condenas entre los intelectuales,

políticos, y trabajadores de la cultura bibliotecaria, educativa e informativa, pero nadie ha ido más allá para investigar a fondo lo que origina, provoca o induce estas conductas. Para superar los ánimos de sorpresa, indignación, fastidio y perplejidad que han mostrado diferentes comunidades, entre ellas la de los bibliotecarios, Denis Merklen escribe una serie de reflexiones sociológicas que, a su juicio, han estado desencadenando la problemática. Más aún, interpreta la *politicidad* de las revueltas populares para emprender una *lectura política* de los acontecimientos relacionados con las formas de violencia sufridas por las bibliotecas; para otorgarle el indispensable *estatus político* a esos hechos, con el propósito de no confinar únicamente a lo “social” las conminaciones, los insultos y empujones, el barrullo en las salas de lectura, los conflictos persistentes entre el personal bibliotecario y la comunidad a la que sirve, la rotura de vidrios y los incendios.

En primera instancia, para él hay gama de conflictos menos espectaculares que preceden al incendio de una biblioteca: el desorden en las salas de lectura, las desavenencias entre los usuarios y los bibliotecarios, las disputas entre los lectores sobre la manera de cómo usar los espacios, la sanción y exclusión de usuarios por parte del personal, la prohibición de ingreso a las personas que no respetan el reglamento de biblioteca, los llamados de la autoridad bibliotecaria a la policía para que intervenga en el edificio o en el barrio, los intensos intercambios verbales entre bibliotecarios y habitantes “insultantes”, las amenazas, empujones y golpes. La respuesta a toda esta intensidad de conductas ha sido el apedreamiento de vidrios, la vandalización (pintas y grafitis) de los muros, el robo de computadoras y la destrucción de libros.

Sin negar el fenómeno de la “violencia” que evidencia la incineración de las bibliotecas, el fondo del problema que explica el autor gira en torno a una compleja serie de relaciones sociales y políticas, en las que el servicio público de biblioteca y el proceso de desarrollo de las colecciones actúa permanentemente a favor de unos y contra otros. De modo que los acontecimientos violentos en el contexto de esas bibliotecas se analizan en la trama de una conflictividad que se genera en un universo de tensiones que viven las clases populares urbanas. La animadversión de algunos hacia la biblioteca como institución pública permite observar así la carga política de las bibliotecas en Francia, factor que resulta invisible o poco comprensible incluso para el personal que las hace funcionar. La prensa al tratar los incendios de las bibliotecas solo desde el punto de vista noticioso impide pensar sobre estos acontecimientos de perspectivas sociales y políticas.

El reconocimiento de esa carga se puede sintetizar a través de las siguientes ideas que Merklen considera: el financiamiento gubernamental para construir bibliotecas en los barrios “difíciles” proviene del Estado; el potencial de obra pública en espacios socialmente relegados, las bibliotecas son tanto instalaciones emblemáticas de la República como el modelo del espacio público para permitir el acceso a la cultura; siguiendo el ideal democrático, los centros bibliotecarios barriales son establecimientos de servicio público, abiertos a todos los individuos, usuarios, lectores y ciudadanos; de tal manera que en sus acervos se admiten todos los puntos de vista y están libres a la práctica de todo tipo de lecturas. En este sentido, los incendios ocasionados por la aguda conflictividad interpelan dicha carga política, arrojando luz

sobre una gama de situaciones opuestas, de sentimientos antagónicos y pareceres enfrentados que caracterizan la existencia de las bibliotecas en el territorio de las clases populares. Cabe tener en cuenta que los incendios de estos espacios públicos nunca o casi nunca van acompañados de ataques contra el personal bibliotecario, y son difíciles de interpretar porque no van seguidos de un discurso de protesta.

Los incendios de bibliotecas no tienen que ver con aspectos de “autos de fe”, no obedecen a razones ideológicas, no se tratan de actos de censura por grupos civiles o políticos, asevera el autor. La quema de estas instituciones de lectura pública es un acto simbólico porque esos sucesos se asocian a las revueltas que estallan en los barrios populares, denominadas en Francia *émeutes*, es decir, se relacionan con los motines o levantamientos populares que suceden en el ámbito de los condominios habitacionales de “vivienda social”. De modo que los espacios bibliotecarios que han sido quemados se hallan en aquellos barrios de las periferias urbanas, en los suburbios que habitan los sectores populares. Si es que la localización social y la historicidad política son dos de las singularidades de esos momentos de rebelión que se han estado caracterizando como “violencias urbanas” a través de incendios y apedreamientos contra ese tipo de instituciones públicas, e ignorados por la sociología de la marginalidad urbana en general y la bibliotecología social en particular.

En las bibliotecas públicas, como instituciones típicas de la democracia, las colecciones de libros son importantes objetos sociales y políticos porque sus contenidos proyectan diversas disputas. Es decir, las colecciones bibliográficas en esos espacios son emblemáticas porque transmiten una gran conflictividad social y política que el personal bibliotecario habitualmente pasa inadvertida. Por ende, a la carga política de esta naturaleza de centros bibliotecarios subyace la dimensión política y el potencial social del libro. La dimensión social de las bibliotecas estriba en reconocer que éstas ayudan a la integración social, a la cohesión social, a la participación comunal, al mejoramiento general de la colectividad. Pero este enfoque es al que aluden en sus discursos las autoridades cuando acuden a inaugurar una nueva biblioteca. La óptica de una parte de la comunidad que puebla los barrios relegados es diferente. Es decir, una es la mirada de “ellos”, la de los funcionarios al servicio del Estado, y otra la de “nosotros”, la de los vecinos del barrio.

Para los bibliotecarios, los profesionales de la lectura pública con un título académico que los favorece, las bibliotecas “abiertas a todos” son lugares de “alta cultura”, nivel al que una gran parte de los habitantes en donde se localiza el servicio público de biblioteca no podrán alcanzar por tantas trabas que el orden social les impone. Entonces una parte importante de la población de esos barrios ven a estas instituciones culturales como un sistema de exclusión, de marcada diferenciación social; son lugares en donde “ellos”, los “letrados” (bibliotecarios, funcionarios y profesores) ponen las reglas de maniobra en la que muchas personas del barrio se sienten marginadas. Se anteponen así las barreras entre lo culto y lo popular, obstáculos que muchas veces pasan desapercibidos para “ellos” como funcionarios y trabajadores del Estado. De tal modo que a la vista de algunos vecinos, el libro y la biblioteca se oponen al ambiente popular, cuyo espacio más habitual es la calle, espacio en donde se mueven los excluidos de las escuelas, de la lectura y del mercado laboral. Es notorio que esta frontera social, da a entender el autor, propicia en cierta

manera los ataques a las bibliotecas. Así, las piedras y las bombas molotov arrojadas contra esas instituciones de lectura pública no son simples “actos de vandalismo”, tal y como lo califica y percibe la autoridad gubernamental. Es un campo de lucha donde la línea es clara entre dos bandos: de un lado se encuentran quienes cometen “actos criminales condenables”, personas con “cerebros frágiles” que atacan con rabia la divisa de la República democrática; del otro se ubican los protagonistas que trabajan por la República de las ideas escritas (personal bibliotecario, autoridades políticas y ciudadanía aventajada).

Así, Las ideas que entrelíneas desarrolla Merklen a lo largo del libro son: 1] La biblioteca considerada como un espacio público en el seno de los barrios, es decir, como espacio político de la democracia para favorecer la construcción de ciudadanía; y 2] la sacralidad de las bibliotecas con respecto a los libros “mancillados” por las piedras y los incendios, violencia que provoca indignación y cólera, consternación y angustia, desamparo y silencio. Pero estas ideas no las comparten todos los grupos de la sociedad. Son puntos de vista dominantes del sistema social y político, es decir, de “ellos”, no de “nosotros”. Son percepciones generadas en el orden de la “cultura universal”, pero no de quienes no llegan a tener éxito en la escuela, de aquellos que no viven de la lectura de libros, sino de las clases que pueblan los extractos medios hacia arriba de la pirámide social. Entonces, la razón por la que las bibliotecas se convierten en blanco de las piedras y de fuego es porque estas instituciones no ofrecen expectativas de servicio para quienes están lejos de la escuela, para aquellos a los que menudo se les señala como sujetos que no hablan ni escriben correctamente, es decir, para todos aquellos que no tienen cabida en el espacio público de las bibliotecas, aunque en el discurso político y profesional se afirme lo contrario.

Ahí, donde se incendian bibliotecas o lanzan piedras con el fin de romper vidrios y golpear estantes de libros, videos, discos y otros materiales documentales, vive gente de los barrios más pobres de la ciudad, donde la mayoría de los vecinos leen pocos libros, donde el problema racial es evidente y cotidiano. Ahí, el insulto, la piedra y el fuego son producto de la distancia social y cultural que existe entre quienes tiene el poder legal y profesional de hacer funcionar bibliotecas públicas y aquellos denominados “incivilizados”. Esta distancia agrava los conflictos que atraviesan el sistema político del Estado y el universo que caracteriza lo popular. Esta separación o distancia es la que Merklen trata de entender, pues la dominación y la exclusión producen la división entre buenos ciudadanos e inciviles.

Merklen distingue la diferencia entre la biblioteca pública y la escuela pública, instituciones al servicio de la República. Quizá por esta característica política se observa en la realidad que una y otra están, según las opiniones de los políticos y los periodistas, en el mismo terreno simbólico del Estado republicano. Pero el fenómeno de la lectura que las une, también la separa. Por un lado, la biblioteca ofrece servicios de “lectura por placer”, la escuela formula programas de “lectura prescrita”. La primera divierte, recrea; la segunda obliga. Pero hay factores negativos que colocan en el mismo bolso a las dos instituciones: la exclusión, el racismo, el castigo o la sanción. En tanto parte del personal bibliotecario pretende aplicar con rigor el reglamento, otra porción es flexible en el mismo sentido. Se aplica con rigor con determinado tipo de usuarios, con “nosotros”; mientras se ablanda la aplicabilidad

de reglas con “ellos”. Cuando el asunto no está contemplado en el código reglamentario, se actúa arbitrariamente, ampliando y profundizando así el rechazo, la discriminación y hasta la humillación de ciertos miembros de la comunidad por parte de quienes laboran en las bibliotecas. Esto es inadmisibles para algunos colegas; es inaceptable que el servicio público de biblioteca sea opresivo en la práctica y liberador solamente en el discurso.

Otra similitud entre las bibliotecas y las escuelas es que ambos sistemas de instituciones culturales representan al Estado, a la autoridad gubernamental, a la estructura de los poderes públicos, a la municipalidad. Por tanto, infiere el autor, los ataques a las bibliotecas en los barrios relegados reflejan la ira contra algunos componentes del sistema político injusto y represor; un sistema que habitualmente ha venido excluyendo y discriminando a los “indisciplinados”, a los “incivilizados”, a quienes cometen “actos vergonzosos” o tienen “comportamientos estúpidos”. Ante estas circunstancias y expresiones se agudiza la oposición de las clases populares, generando una recia confrontación. De este modo, los conflictos penetran en los recintos de las bibliotecas, perturbando así “el santuario” de la cultura letrada. Desde esta perspectiva, no nos extraña que a esas instituciones de la palabra escrita (que a unos más favorece para lograr el éxito escolar y el acceso a una mejor vida, y a otros les cierra en la nariz las puertas de la movilidad y la integración social), una parte de la población de esos barrios de Francia las considere como elementos de un contexto de diferenciación social, mismo que excluye, margina y mortifica a los menos favorecidos.

La revuelta popular en torno a las instituciones que desarrollan, organizan, fomentan y resguardan la palabra escrita a través de los libros, revistas y periódicos, entre otros soportes, el autor intenta explicarla también a la luz de la relación barrio-biblioteca, destacando así los puntos de vista del personal bibliotecario frente a los usuarios que viven en los suburbios en los que se ofrece el servicio público de biblioteca. Si bien este gremio profesional es un grupo homogéneo, al interior del mismo existen determinadas variantes en las diferentes circunstancias donde el barrio entra en contacto con la biblioteca, momentos en que esta institución actúa en el seno del barrio. A los ojos de este personal, los arrabales se caracterizan por la pobreza y el desempleo, por el perfil étnico (extranjeros la mayoría), y por el ambiente generador de violencia y delincuencia. Así, en relación con la degradación de la barriada, la composición étnica de la gente y las relaciones de violencia-juventud-autoridad, rotan las divisiones y las diferencias que se perciben en el universo de quienes son responsables del quehacer bibliotecario. Mientras unos han estado afrontando con entusiasmo, espíritu y energía los breches que propician los “públicos difíciles”; otros se sienten desconcertados, inseguros y perplejos.

El problema más frecuente que encara el personal bibliotecario es con los jóvenes, quienes a menudo retan el “modelo de biblioteca silenciosa”. De tal modo que persiste una rigidez entre el uso tradicional de este servicio público y los nuevos usos que ese grupo etario practica: discusiones en voz alta, lectura oral y colectiva, tareas ajenas a la lectura, lugar de encuentros para flirtear. Para los responsables de este servicio, la violencia no es solamente a través de las piedras y el fuego que arrojan a las bibliotecas, también es violencia “el ruido y el desorden” que ocasiona el público adolescente. A los “comportamientos indisciplinados” dentro de las bibliotecas

figuran tanto las llamadas de atención al orden y al uso conservador de la biblioteca como las sanciones impuestas. Ante estos trances se dispara la falta de respeto a las normas y al personal mediante violencia verbal y física. El conflicto entre bibliotecarios y jóvenes obliga a cuestionar, según Merklen, la misión social de estas instituciones en los barrios que atienden. Misión que parece que no ha tomado en cuenta con la seriedad debida los problemas que ocasionan la relegación social, la segregación urbana, la pobreza, el desempleo y otros problemas que conflictúan la vida de las clases populares. Cuestionar, criticar, desafiar e ignorar a la autoridad que preside el funcionamiento de las bibliotecas ha sido la postura de los jóvenes, la cual se puede expresar en cierto modo con la pregunta que algunos hacen a un director de biblioteca: ¿Quién sos vos para decirme lo que debo hacer?

Como acto de naturaleza conflictiva, los hechos violentos contra las bibliotecas Merklen la discute y analiza con esencia social y trasfondo político, otorgándole así nociones diferentes a las formas y etiquetas habituales que ante esta problemática han expresado superficialmente los líderes gubernamentales e intelectuales de la sociedad francesa. Si las bibliotecas de hoy son parte de la política pública, entonces la quema de éstas requiere una reflexión profundamente política, para así poder contestar la pregunta ¿por qué se incendian algunas bibliotecas barriales en Francia?

Finalmente, el discurso de Merklen es denso, lo que exige una lectura atenta y pausada. Incluye fotografías en blanco y negro y una lista de las bibliotecas incendiadas entre 1979 y 2015, con los siguientes datos: fecha del incendio, ciudad donde ocurrió, tipo de biblioteca (pública municipal, escolar, religiosa, penitenciaria) y mención en la prensa. Esta lista la realizó el autor mediante diversas fuentes: artículos de periódicos, investigaciones de campo, datos de la Dirección del Libro y de la Lectura del Ministerio de Cultura, testimonios de bibliotecarios y base datos *Factiva*. No obstante, esa lista no es exhaustiva porque hay incendios que no le fue posible identificar en esas fuentes.

Felipe Meneses-Tello
Universidad Nacional Autónoma de México
fmeneses001@yahoo.com.mx